

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**  
PASTOR

It is amazing that only three or four days after the Last Supper, the two disciples on the road to Emmaus already have knowledge about what went on in the upper room. Do you suppose the apostles were just sitting around waiting in fear before Jesus appeared to them risen from the dead? Or is it more likely they were already evangelizing one another as they sat in their confusion and disbelief?

I think the apostles were talking about all that had happened in the last several days among themselves, of course, but also with others close to the group who were not at the Last Supper, in the Garden of Gethsemani or even beneath the cross. That's how we process our experiences, especially the traumatic kinds of experiences we have endured. We take what we've experienced, and we hand it on to others in order to find some meaning. And even though they are paralyzed by fear, I cannot help but think that in the sharing of the experience of Jesus' death, they could not help but view it through the experience of being with Jesus for three years before Good Friday. That's the message from Acts of the Apostles today.

It's also very much a part of the Gospel passage today. The two disciples are now processing the last several days' events looking for meaning. Then a third person joins in the conversation. But it's all being viewed through the lens of the Sacred Scriptures. They were evangelizing one another before they even recognized Jesus in the breaking of the bread. And at once there was no need to see him any longer. He was alive in their hearts like a warm fire on a cold winter's night.

Have you noticed how we do the very same thing? We sit around, sometimes seemingly paralyzed by something that's happened to us or to someone we know and care about. And while we wrestle with the meaning of it all, we do so in view of our faith. We ask for prayers, and we offer them. We evangelize ourselves even before we glimpse the presence of the Lord in our midst.

If you've ever searched for a reason to participate in Mass frequently, or to extend an invitation to another person to join you at Mass, maybe you've found one in today's message. We spend our lives in search of meaning. We also evangelize one another in search of meaning. But things become clear when Jesus sets the table and is not only the host for the feast. He also reveals himself in the very food we eat!

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**  
PASTOR

Es sorprendente que, solo tres o cuatro días después de la Última Cena, los dos discípulos en el camino a Emaús ya supieran lo que había ocurrido en el cenáculo. ¿Crees que los apóstoles se quedaron sentados esperando con miedo hasta que Jesús se les apareció resucitado de entre los muertos? ¿O es más probable que ya se estuvieran evangelizando unos a otros mientras permanecían sentados en su confusión e incredulidad? Creo que los apóstoles hablaban de todo lo que había sucedido en los últimos días entre ellos, por supuesto, pero también con otras personas cercanas al grupo que no estuvieron en la Última Cena, en el huerto de Getsemaní o incluso bajo la cruz. Así es como procesamos nuestras experiencias, especialmente las experiencias traumáticas que hemos vivido. Tomamos lo que hemos vivido y lo transmitimos a otros para encontrarle algún sentido. Y aunque están paralizados por el miedo, no puedo evitar pensar que, al compartir la experiencia de la muerte de Jesús, no pudieron evitar verla a través de la experiencia de haber estado con Jesús durante tres años antes del Viernes Santo. Ese es el mensaje de los Hechos de los Apóstoles de hoy. También forma parte en gran medida del pasaje del Evangelio de hoy. Los dos discípulos están ahora procesando los acontecimientos de los últimos días en busca de un significado. Entonces, una tercera persona se une a la conversación. Pero todo se ve a través del lente de las Sagradas Escrituras.

Se estaban evangelizando unos a otros incluso antes de reconocer a Jesús al partir el pan. Y, de repente, ya no hubo necesidad de verlo más. Él estaba vivo en sus corazones como un fuego cálido en una fría noche de invierno. ¿Te has dado cuenta de que hacemos exactamente lo mismo? Nos quedamos sentados, a veces aparentemente paralizados por algo que nos ha sucedido a nosotros o a alguien a quien conocemos y queremos. Y mientras luchamos con el significado de todo esto, lo hacemos a la luz de nuestra fe. Pedimos oraciones y las ofrecemos. Nos evangelizamos a nosotros mismos incluso antes de vislumbrar la presencia del Señor en medio de nosotros. Si alguna vez has buscado una razón para participar en la misa con frecuencia, o para invitar a otra persona a que te acompañe a misa, tal vez hayas encontrado una en el mensaje de hoy. Pasamos nuestras vidas en busca de sentido. También nos evangelizamos unos a otros en busca de sentido. Pero las cosas se aclaran cuando Jesús pone la mesa y no es solo el anfitrión de la fiesta. ¡Él también se revela en la misma comida que comemos!

## PASTOR'S CORNER | REFLEXIÓN DEL PASTOR

REV. RAFAEL O'FARRIL  
ASSISTANT PASTOR



Querida familia de Nuestra Señora de la Paz:

En este Tercer Domingo de Pascua, la Palabra de Dios nos conduce por un camino profundamente humano y, al mismo tiempo, divinamente transformador: el camino de los discípulos de Emaús. Es el camino de quienes han creído, han esperado... y, de repente, sienten que todo se ha derrumbado.

El Evangelio nos presenta a dos discípulos que se alejan de Jerusalén. No solo se están moviendo geográficamente; están huyendo interiormente. Se alejan del lugar donde Dios actuó, porque no entendieron cómo actuó. Llevan consigo una fe herida, una esperanza rota y un corazón confundido. Y, sin embargo, es precisamente ahí en ese estado de crisis donde el Resucitado se hace presente.

Cristo no irrumpe con imposición, sino que se acerca caminando con ellos. Escucha, pregunta, permite que desahoguen su frustración. Luego, con paciencia, les abre las Escrituras y les muestra que el sufrimiento no fue el final, sino el camino hacia la gloria. Aquí hay una clave fundamental para nuestra vida: cuando no entendemos a Dios, no es que Él esté ausente, sino que aún no hemos aprendido a leer su obra en profundidad.

El testimonio de Pedro en los Hechos de los Apóstoles confirma esta verdad con fuerza: Jesús, a quien muchos rechazaron y entregaron, ha sido resucitado por Dios. La historia que parecía un fracaso es, en realidad, el cumplimiento del plan divino. Lo que el hombre torció, Dios lo redimió. Lo que parecía derrota, se convirtió en victoria.

Por su parte, la carta de Pedro nos recuerda que hemos sido rescatados no con cosas pasajeras, sino con la sangre preciosa de Cristo. Esto significa que nuestra vida ya no puede seguir anclada en la superficialidad o en la desesperanza. Hemos sido llamados a una vida nueva, sostenida por una esperanza viva que no defrauda.

El momento decisivo del Evangelio ocurre al partir el pan. Allí se les abren los ojos. No fue en el camino, ni en la explicación intelectual, sino en el gesto eucarístico donde reconocen al Señor. Y esto nos interpela profundamente: podemos caminar con Cristo, escuchar su Palabra, pero si no entramos en una experiencia viva de encuentro especialmente en la Eucaristía nuestros ojos pueden permanecer cerrados.

Después de reconocerlo, los discípulos no se quedan en Emaús. Regresan a Jerusalén. El encuentro verdadero con Cristo siempre nos devuelve a la comunidad, nos reintegra, nos envía. El que ha experimentado al Resucitado no puede seguir huyendo, no puede seguir encerrado en su dolor; necesita anunciar, compartir, testimoniar.

Hoy, el Señor también camina con nosotros. En nuestras dudas, en nuestras heridas, en nuestras decepciones... Él no se escandaliza de nuestra fragilidad. Pero nos invita a dar un paso más: a dejarnos iluminar por su Palabra, a reconocerlo en la fracción del pan y a volver con un corazón ardiente a la vida de fe y de comunidad.

Que este Domingo no sea solo un recuerdo, sino un punto de inflexión. Que podamos preguntarnos con sinceridad: ¿estamos huyendo como los discípulos o estamos permitiendo que Cristo transforme nuestro camino?

Porque cuando el corazón arde... ya no hay noche que nos detenga.

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**  
ASSISTANT PASTOR

Dear family of Our Lady of Peace,  
On this Third Sunday of Easter, the Word of God leads us along a path that is deeply human and, at the same time, divinely transformative: the road of the disciples to Emmaus. It is the journey of those who once believed and hoped... and suddenly feel that everything has collapsed.

The Gospel presents two disciples leaving Jerusalem. They are not only moving geographically; they are fleeing interiorly. They walk away from the place where God acted because they did not understand how He acted. They carry within them a wounded faith, a broken hope, and a confused heart. And yet, it is precisely there in that state of crisis that the Risen Lord draws near.

Christ does not impose Himself; He approaches and walks with them. He listens, asks questions, and allows them to pour out their frustration. Then, with patience, He opens the Scriptures to them and reveals that suffering was not the end, but the path to glory. Here lies a fundamental key for our lives: when we do not understand God, it is not that He is absent, but that we have not yet learned to read His work in depth.

Peter's testimony in the Acts of the Apostles confirms this truth with power: Jesus, whom many rejected and handed over, has been raised by God. The story that seemed like failure is, in reality, the fulfillment of the divine plan. What humanity distorted, God redeemed. What appeared to be defeat became victory.

For its part, the Letter of Peter reminds us that we have been ransomed not with perishable things, but with the precious blood of Christ. This means that our lives can no longer remain anchored in superficiality or despair. We have been called to a new life, sustained by a living hope that does not disappoint.

The decisive moment in the Gospel occurs in the breaking of the bread. There, their eyes are opened. It was not on the road, nor merely in the intellectual explanation, but in the Eucharistic gesture that they recognize the Lord. This challenges us deeply: we can walk with Christ and hear His Word, yet if we do not enter into a living encounter especially in the Eucharist our eyes may remain closed.

After recognizing Him, the disciples do not remain in Emmaus. They return to Jerusalem. A true encounter with Christ always brings us back to the community; it restores us and sends us forth. Whoever has experienced the Risen Lord cannot continue fleeing or remain locked in pain; he must proclaim, share, and bear witness.

Today, the Lord also walks with us. In our doubts, in our wounds, in our disappointments... He is not scandalized by our fragility. But He invites us to take a further step: to allow ourselves to be enlightened by His Word, to recognize Him in the breaking of the bread, and to return with a burning heart to the life of faith and community.

May this Sunday not be just a remembrance, but a turning point. May we ask ourselves with sincerity: are we fleeing like the disciples, or are we allowing Christ to transform our journey?

Because when the heart burns... no night can hold us back.